

# LIBROS

**José Miguel Ullán: Escritor por legítima defensa**

PARIS.—Uno de los más jóvenes e importantes poetas en lengua castellana, el salmantino José Miguel Ullán, publica hace cosa de un mes un excelente libro de poemas: «Mortaja» (ERA, México). Ahora, la colección canaria «Hoy por hoy» nos ofrece una antología poética del mismo autor: «Antología salvaje». Esta recoge íntegramente las dos primeras obras de Ullán («El jornal» y «Amor peninsular»), un muestrario representativo de las dos siguientes («Un Humano Poder» y «Mortaja»), una selección de poemas diversos y otros textos inéditos de última hora. Este doble acontecimiento justificaba con creces una charla informal, cuyo desarrollo quedará de algún modo reflejado en cuanto sigue.

—Desde la publicación de «Un Humano Poder» hasta el presente han transcurrido cuatro años. ¿Puedes explicitar las causas de este largo silencio?

—No creo que deba hablarse de causas, salvo dejando un amplio margen al más tozudo azar. De todas formas, pienso que este paréntesis sólo puede cobrar algún sentido en el marco banal de mi propia biografía: salir de España supuso transformar lo epidérmico (que casi siempre es mucho), aguzar el olvido, enterrar «tics» gloriosos, asumir el destierro como algo muy remoto y familiar, hacer acopio, en fin, de un lenguaje de infancia que se me revelaba indispensable para sobrevivir... Me es sumamente difícil informar sobre el caos. Los dos primeros libros que publiqué fueron escritos cuando yo tenía diecinueve años; esto, que carecería de toda significación propia, se me antoja venialmente heroico cuando el punto de partida excluía Madrid... Mis poemas pretendieron sembrar la tradición en la escalada turbia y anodina gales de monseñor Tihámer Toth y Pemán, militantísimo fervoroso al caer en el mítico toda ruptura creadora: familia campesina, lecturas coledel muchacho listillo de al-

dea que acabará en Carabanchel o Burgos, de veterinario abnegado o de gobernador de Huelva. Al término tuve mala conciencia y pagué mi tributo a la llamada poesía social, no por unirme al carro del producto en boga, sino por comunicarme de alguna manera con mis interlocutores más próximos. La experiencia me parece que fue un aleccionador fracaso; no era lo mismo explicar a Politzer en un grupo de obreros que trasladar la miseria de éstos al oscuro terreno del poema. Y es que, entre otras cosas, ni mi pro-

a mí respecta, poco puedo decirte que vaya más allá del síntoma sin duda interesado. «Mortaja» es un libro que se desprende de la nostalgia, y paso sin matizar esta palabra vagorosa y cursi, porque ya en más de un poema me he encargado de otorgarle la justa dimensión que quiero tenga. La primera parte del libro ejemplifica esa visión de manera obsesiva, la segunda la adultera con saña y la tercera destruye e ilumina lo precedente. Como habrán notado, hay algo de suicidio en todo el libro, mucho desencanto y

comenzamos a tener un panorama monocorde capaz de sorprender y orgasmizar a los ilustres papanatas con que el país cuenta como lectores con veto y voto.

—En este libro incluyes dos poemas donde zarandeas sin piedad tanto a los «bardos delicados» como a los «bardos populados». ¿Te sitúas, pues, en una tercera vía?

—Quisiera, en todo caso, que así fuese. En poesía, al contrario acaso que en política, considero como algo válido y hasta necesario asumir la disidencia frente a las dos canchas tradicionales en eterno y estéril litigio. Lo cual, claro está, no equivale en modo alguno a situarse en el fétido centro; se trata, más bien, de evolucionar en otro plano sin paralelismo alguno con los dos señalados. La salud poética sólo reside en la excepción. Y esta es un don, por lo que de poco sirve desear o no su advenimiento en la obra propia. Yo siempre he envidiado la creación ejemplar de un Goya, la ambigüedad de su testimonio, la violencia de sus trazos diferenciales, la lúcida armonía entre servilismo y protesta, entre herencia y orfandad, entre reflejo y profecía... Sin remonarnos a un pasado muy lejano, vemos que en España han abundado las epidemias, las modas, las tendencias, las generaciones... Hay una ausencia dramática de poetas irrecuperables. De la hornada del veinticinco, sólo Cernuda logra salvarse por entero; podría citar también a Aleixandre, pero ello me obligaría a demasiadas precisiones y matices, imposibles en una conversación como la presente. De la promoción de posguerra, y pese a todo, Blas de Otero, Tanto Cernuda como Otero, tan diferentes entre sí, demuestran prácticamente que el poeta verdadero escribe, ante todas las cosas, por legítima defensa. Ellos, al igual que ciertos poetas más próximos

—pienso en Claudio Rodríguez, Valente y Angel González—, han sabido articular el lenguaje imposible de ciertas cosas hasta entonces marginales y mudas. Fue la virtud, ya antaño, de dos poetas nítidos y revolucionarios: San Juan de la Cruz y Góngora. Pero nuestro ocio nacional suele buscar albergue en Lope, Núñez de Arce o Zorrilla.

—Hablemos ahora de tu «Antología». De entrada, ¿por qué el epíteto de salvaje?

—No hay en ello petulancia alguna, pese a las apariencias. A la hora de buscar un título —algo siempre arbitrario, ya es sabido—, me pareció vál-

do el adjetivo «salvaje» para calificar mi quehacer. Pensaba en lo que han dado en llamarse «huelgas salvajes»: movimientos subversivos que estallan brutalmente, sin contar ni con las autoridades oficiales ni con los burócratas de los sindicatos. Después caí en la cuenta de que en España toda huelga es salvaje... Pero me dio pereza volverme atrás y, a fin de cuentas, ¡qué más da!

—Un poema de esta «Antología» arremete con sarcasmo contra uno de los novisimos. Habida cuenta de que más de un crítico ha reprochado a Castellet tu exclusión de tal tendencia, ¿cuál es tu posición al respecto?

—Considero inadecuado tal reproche. Me parece perfectamente justa mi exclusión de esa ensalada a lo divino. Castellet, docto ignorante del reino, confundió esta vez la coqueluche con la menstruación. La «Antología», por lo demás, se asemeja a un montaje carpetovetónico de apoteosis revisteril donde algún poeta notable y otros varios muy mediocres han servido de coristas para que resaltase la figura egregia, bilingüe y empuñada de la Celia Gámez de la novísima poesía en castellano, alias Pedro Gimferrer.

—¿Tienes algún otro libro en perspectiva?

—Dentro de pocos días aparecerá un cuaderno de poemas en la colección canaria de «Inventarios Provisionales». Se titula, gongorinamente, «Cierra los ojos y abre la boca». Consta de once poemas breves, antiunitarios y festivos. Y con esta tercera entrega cierra ya mi efímero festival de otoño. ■ RAMON L. CHAO.



José Miguel Ullán

cedencia ni mi condición podían permitirme una visión idílica de lo que yo sabía ambiguo y sórdido. Desde la lejanía pretendí ver claro y, lentamente, fueron naciendo otras palabras. Permanecen las dudas, por fortuna. Pero he optado, sin remedio quizá, por escribir lo que realmente se me antoja y puedo: dando la espalda a todo apriorismo del signo que fuere, sin cargar las tintas cómplices con vistas a una problemática comunicativa, importándome un bledo coexistir o no con las otras mil voces de la caverna patria. Lo contrario sería seguir poblando la experiencia poética de los eternos malentendidos tácticos, y la táctica yo se la cedo generosamente a sus amos naturales: los militares. El silencio, en suma, tal vez no ha sido tal; los poemas de «Mortaja» y los que abren la «Antología salvaje» fijan sus límites precisos.

—«Mortaja», escrito íntegramente fuera de España, ¿qué relación guarda con tus libros anteriores?

—La sagrada crítica (no por inexistente menos sagrada) tiene la palabra. En lo que

antiépica, sin excluir sarcasmo, melodía y experimentación. Mis libros anteriores tenían otra coherencia más obvia, más a nivel de anécdota, menos sugeridora y más cerrada. He querido que se dispare fructifique, que si hay olor totalizador se desprenda por sí mismo y no forzando el hilo gestual. Oración y blasfemia, canto tradicional y guiño vanguardista, clamor político y tregua lúdica, señas tribales y pastiche, clasicismo y crónica de sucesos... todo eso he querido que se mezcle abiertamente, en un deseo supremo de acoplamiento y destrucción. El lenguaje es el arma absoluta y el personaje principal de este empeño; pero sin olvidar que cada palabra alberga un pensamiento. Poesía-pretexito y poesía-fin me parecen dos batallas igualmente detestables. La primera suele envilecer las causas más nobles; la segunda viene sirviendo, con estilo atildado, para ocultar el vacío más necio. Ejemplos de la primera han abundado en nuestra deprimente poesía de los últimos años. De la segunda, y con pretensiones redentoras,

aplomo y la seguridad de la plena madurez. Está escrito con técnica periodística, de gran reportaje, tal como corresponde a su trama: El viaje de un joven catalán, Oliveri, por varios países europeos, a través del cual, y en un hábil juego de evocaciones, leves conflictos dramáticos, puro relato de hechos reales y hasta rápidas meditaciones sobre la fugacidad y la muerte («El tiempo, que me arrastra como olas que baten contra una roca desierta depositando solamente un poco más de erosión predestinante de la muerte total...»), despliega sus heterogéneos conocimientos culturales y prueba su sensibilidad de pequeño-burgués decadente con entera conciencia de su condición y situación. Circula por la novela una corriente satírica que transforma la nostalgia en ironía y el humor —muy leve, pero siempre presente— en elemento demoledor. Es fácil notar la ancha cultura de Terenci Moix, porque encuentra en el aparato narrativo una plataforma eficaz. Terenci sabe mucho, y lo dice. También resulta fácil rastrear influencias e incluso hábiles integraciones. El mismo primer personaje, formado en la Enciclopedia Espasa, recuerda demasiado el Autodidacta de «La náusea», y el llamado Campdepadrós —tomado de María Aurelia Capmany—, tal vez un poco al marqués de Rolleston, estudiado por Roquentin. Ciertamente que la recreación que realiza Moix no carece de gracia y originalidad. Ciertamente, que estas posibles y otras inspiraciones están al servicio de una intención con marca profundamente personal: poner de relieve una irremediable pero bella decadencia, una lenta y dulce agonía. Pocos podrán dudar, si leen esta historia que convencionalmente llamaremos novela, de la condición de formidable escritor que define a Terenci Moix.

«Julia», de Ana María Moix, se sitúa en otro contexto, y en cierto modo —y con arreglo a ciertos fines— viene a complementar a «Olas...». Frente a la acción itinerante de ésta, el de «Julia» es un mundo en reposo: el de la burguesía y la pequeño-burguesía catalana, dado con todos sus condicionamientos, resortes y mecanismos defensivos. También en «Julia» se comprueba la presencia de personajes reales, aunque no como tales, sino como entes de ficción, pero algunos fácilmente reconocibles. Con singular sensibilidad, Ana María Moix evoca y describe los pun-

tos clave de su universo infantil y adolescente, y, a través de la narración, desarrolla, como sin proponérselo, una sátira implacable. Su historia, aparte de las calidades específicamente literarias, posee innumerables valores, como resultado, seguramente sin pretenderlo, de una investigación psico-sociológica penetrante y certera.

¿Qué factores aproximan a ambos hermanos novelistas? Primero, un mismo presupuesto: la rebeldía frente al contexto socio-psicológico en que han crecido. Después, otras muchas notas comunes: el uso de elementos autobiográficos al servicio de su vocación satírica, la aguda sensibilidad con que recuperan del pasado instantes perdidos...

Digamos antes de firmar que, contra la extendida leyenda, no hay asomo de vanguardismo en los procedimientos literarios de ambos. No hacemos, con esto, un juicio de valor. Es, simplemente, una constatación. ■ EDUARDO G. RICO.

### «Tiempo de 98»

Hay que felicitar a Escelicer por el hecho de haber introducido, en su veterana y muy abierta colección de teatro, a los autores nuevos. Durante años, la colección se limitó a ser sombra o eco impersonal de las representaciones; ahora, los criterios son mejores. Y aparte de quedar fuera algunas comedias que se estrenan y hasta aplauden, la colección busca la colaboración de autores que, como en el caso de Juan Antonio Castro, no han conseguido ver su «Tiempo de 98» en un escenario madrileño. La obra, en fin, incorporada a la última campaña de Adolfo Marsillach, es interesante, tanto desde el punto de vista temático como desde el puramente estructural. Temáticamente es un homenaje a la Generación del 98 y a su visión crítica de España; homenaje que se plantea no tanto «desde hoy» como desde el mismo marco de la época, con su imagen de canciones hoñas y románticas. Para Castro se trataba, fundamentalmente, de contraponer el «vano ayer» y los gritos que dentro de él dieron ya los noventa y ochistas. Un análisis más concreto de cada uno de sus hombres y de los problemas que sus diferenciadas posiciones puedan suscitar hoy, es obvio que no cabe en el cuadro de un drama como éste, entendido, ya digo, como un montaje de textos de doble resonancia: la de la

muerte de la Reina Mercedes o la de las guerras coloniales, la del patriotismo o la del propósito crítico. La referencia al presente —como en una obra de Rodríguez Méndez titulada precisamente «El vano ayer»— sólo se hace al final, a través de los versos de Machado y sus profecías sobre los vacíos del mañana.

La obra se presta a una total recreación escénica. Los textos, canciones y romances están ahí, pero la posibilidad de acentuarlos u ordenarlos de una u otra manera es muy ancha. Nuestro juicio ha de ser, por ello, muy provisional, porque «Tiempo de 98», lejos de ser un texto trabado, sólido y suficiente en sí mismo, es de los que están pidiendo la elaboración escénica. En todo caso, es suficiente para saber que Juan Antonio Castro es otro más de los autores que debieran pisar los escenarios españoles. ■ J. M.

### Los gitanos

La escasa bibliografía española en torno al problema gitano se ha visto enriquecida con la reciente aparición de un lúcido estudio crítico de Francesc Botey: «Lo gitano: una cultura "folk" desconocida», Nova Terra. Resulta paradójico constatar que, mientras se publican en lengua castellana numerosos trabajos dedicados al análisis de las diversas formas de racismo habidas en el mundo, pueden contarse con los dedos de la mano los títulos referentes a la segregación del gitano en España. La segregación gitana es —según Francesc Botey— «aquella cuya solución es más desinteresada y cuyo olvido ni siquiera se percibe por no implicar ningún tipo de intereses ni de poder»; por ello, es «la menos acusada y la más naturalmente admitida de todas las segregaciones». La inmensa mayoría de las obras clásicas de gitanología pecan de una excesiva supervaloración de los elementos descriptivos y anecdóticos: estudios tan importantes como «The Zingali», de Borrow, o «Les Tziganes», de Clébert, poseen indudable interés documental, pero carecen de objetivos totalizadores a nivel antropológico. La obra de Botey es una rara excepción en el panorama de la bibliografía gitana. «Siento la urgente necesidad —afirma el autor— de desplazar en la mentalidad común el centro de gravedad del problema gitano, que oscila entre el pintoresquismo y

### Nueva publicación

#### «GACETA DE DERECHO SOCIAL»

Acaba de aparecer la revista «GDS» («Gaceta de Derecho Social»). En el artículo editorial de su número 1 se anuncian el propósito y línea de la nueva publicación: «"Gaceta de Derecho Social" —"GDS"— nace intentando ser un instrumento eficaz de ayuda, divulgación e interpretación de la problemática laboral. Aunque, realizada fundamentalmente por profesionales, su enfoque no pretende ser estrechamente técnico y especializado —o, empleando un término al uso, "tecnocrático"—, sino que quiere dirigirse a los problemas concretos de la clase trabajadora, individual y colectivamente, aportando una información jurídico-laboral, con un tono al mismo tiempo práctico y científico».

El primer número ofrece una temática práctica y directa: «Despido por detención», «Un pleito convertido en pesadilla» (la reclamación sobre el Plus Familiar de los empleados del Banco Español de Crédito), «Cauchos de Levante: Expediente a pesar del Delegado de Trabajo», «Clasificación del trabajador fijo en las Empresas Agrarias», «El Legislador soñó», «Reglamentos de Régimen Interior, ¿especie a extinguir?», «Legislación» y «En la práctica» (aspectos puestos en parangón), y la sección «Jurisprudencia Laboral», donde se recoge una sentencia del Tribunal Supremo.

Los planteamientos, el lenguaje, la elección de los temas, todo en esta revista se orienta a la practicidad y a la comprensión por parte del lector interesado en la problemática laboral. La claridad y sencillez, no exentas de rigor jurídico, con que se abordan los problemas —por lo demás vivos— hacen que la publicación que cabe de nacer resulte asequible al obrero de cultura media. Y este es, quizá, el mejor elogio que cabría hacer de «GDS».

la preocupación por su pobreza hereditaria. El centro de su tragedia es otro: el choque entre dos culturas, la que subtiende la civilización técnica y la suya. Porque el gitano, en efecto, tiene una verdadera cultura». Al hablar de «cultura» no se alude, por supuesto, a un concepto restringido; no se trata de «cualquier forma personal de vida espiritual» (Henri Marrou), ni de la ciceroniana y superestructural «philosophia animi». La cultura, en términos del antropólogo americano Ashley Montagu, es «la manera particular en que un pueblo adapta su comportamiento al medio». El propio Francesc Botey, tras reconocerse adepto de la escuela antropológica americana, caracteriza la cultura del pueblo gitano —no inserto en la civilización urbana— como «cultura folk», es decir: como cultura marginada, sustancialmente contrapuesta a la sociedad técnica de consumo. Esta confrontación cultural afecta gravemente a la supervivencia del gitano. Ciertas formas —por no decir todas— de integración son, a la postre, simples vías de proletarianización. Trocar la vida nómada por el suburbio, el carromato por la chabola, la compra-venta de ganado equino por

el peonaje eventual, ¿pueden ser consideradas como formas de integración en la sociedad de consumo? En definitiva, al gitano se le ofrecen simultáneamente dos trágicas soluciones: o el aniquilamiento o la proletarianización. «Ningún grupo humano —afirma Francesc Botey— puede correr aventura mayor, en la que se juega el todo por el todo a una sola carta y sin reservas». ■ S. R. S.

## T EATRO

### A propósito de una muchacha semidesnuda

Al relatar el viaje del protagonista de «La reliquia», Eça de Queiroz se detiene un momento para evocar la belleza de las núbias, una de las cuales, casi desnuda, le es ofrecida al cínico peregrino portugués. El tema, por lo que ahora se verá, tiene su particu-